

# Mi personal lectura de W. G. Sebald (I)

*El 11 de marzo de 2004, día de los atentados de la Estación de Atocha de Madrid, el autor lee casualmente ‘Sobre la historia natural de la destrucción’, y analiza el paralelismo que encuentra entre ellos y la obra de Sebald.*

AUGUSTO M. TORRES

El 26 de febrero de 2004 entré en una librería y por su título, *Sobre la historia natural de la destrucción*, llamó mi atención un volumen no muy grueso de W. G. Sebald. Lo hojeé, me asombró que tuviese fotografías, no el habitual cuadernillo en otro tipo de papel, mejor, sino diseminadas en el texto, y lo inusual de su argumento: la destrucción de ciudades alemanas, durante la II Guerra Mundial, por bombardeos aliados. De los que algo conocía, pero nunca había leído nada y menos escrito por alguien de la categoría de Sebald.

De Winfried Maximilian Georg Sebald solo había leído *Los emigrados* (Die Ausgewanderten, 1993), su primera novela publicada en España, y sabía de él lo que decía la solapa. Nace en 1944, al final de

la II Guerra Mundial, en Allgäu, Alemania, en el seno de una familia de la pequeña burguesía, tras finalizar sus estudios se va a vivir a la Suiza francesa y en 1964 al Reino Unido, donde llega a ser profesor titular en la Universidad de Manchester. Desde 1970 vive en Norwich e imparte clases de literatura europea en la Universidad de Norfolk. Durante los años ochenta escribe ensayos sobre Gottfried Keller, Martin Walser, Frank Kafka, Alfred Döblin y Peter Weiss y poemas en prosa.

Editada tres años después por Debate, en una tosca traducción de Teresa Ruiz Rosas, *Los emigrados* es una peculiar autobiografía. A través de las historias de cuatro emigrantes alemanes, cuya única relación entre sí es la que tienen con el narrador, Sebald cuenta breves fragmentos de su propia vida y las terribles de los cuatro personajes que las titulan. Ahora que conozco la totalidad de su obra, me doy cuenta de que no es bueno comenzar por esta al ser uno de sus textos más duros y el peor traducido. Me desconcertó por su peculiar mezcla de realidad y ficción, de autobiografía y ¿novela?, por su facilidad para pasar de un tema a otro y por su profusión de fotografías alusivas, algunas de álbum familiar, que descubrí que es una de las características de sus libros. Sin olvidar algunas referencias cinematográficas. Por ejemplo, en *Austerlitz* saca a relucir, entre sus múltiples historias, que el verdadero nombre del famoso bailarín y actor Fred Astaire es Frederick R. Austerlitz.

En *Dr. Henry Selwyn*, el más corto de los cuatro ¿relatos? de *Los emigrados*, cuenta cómo un vecino lituano del anónimo narrador, que unas veces parece el propio Sebald y otras no, llega con su familia a Londres en lugar de a Nueva York, como pretendía, y acaba por suicidarse cuando años después su mujer se entera de que no es inglés, sino lituano. En *Paul Bereyter*, el oscuro narrador, al descubrir el suicidio de su mejor maestro, hace cuantas averiguaciones puede sobre su vida. En *Ambros Adelwarth* narra la vida de su mítico tío abuelo, primero emigrado a Estados Unidos y luego propietario de una fortuna que le permite viajar por medio mundo. En *Max Ferber* cuenta cómo, a raíz del primer viaje al Reino Unido, el narrador conoce a un pintor judío alemán y se dedica a investigar su vida y escribir sobre ella.

Me sorprendió que la edición de *Sobre la historia natural de la destrucción* de Anagrama de finales de 2003 no hiciera alusión a la original, ni al título ni al año de publicación ni a la editorial, y me agradó que la traducción fuese de Miguel Sáenz, que se convirtió en su traductor habitual y, como siempre, magnífica. No es una novela, y no comprendo por qué está publicado en una colección de novelas, sino el texto de dos conferencias, con el título genérico de *Guerra aérea y literatura* –que averigüé es el título original del libro, *Luftkrieg und Literatur* (1999), por lo que el castellano, extraído del texto de Sebald, es un buen invento del traductor o del editor–, pronunciadas a finales del otoño de 1997 en Zúrich. Más una tercera parte donde comenta la abundante correspondencia originada por sus conferencias, y una última, titulada *El escritor Alfred Andersch*, donde destruye de manera demoledora la personalidad y la obra del, para mí, desconocido novelista alemán.

El 11 de marzo de 2004 leía *Sobre la historia natural de la destrucción*, impresionado por su análisis de las razones por las cuales los escritores alemanes nunca se han atrevido a escribir sobre los ataques aéreos de ciudades alemanas al final de la II Guerra Mundial, con numerosas pérdidas de vidas de civiles y destrucción de edificios y monumentos. La primera vez que se hacían ataques aéreos sistemáticos contra la población, pero Sebald se olvidaba, o no sabía, de que la famosa Legión Cóndor alemana los ensayó, a escala reducida, en la Guerra de España. Entre las pocas excepciones destacan la novela *El ángel callaba* (*Der Engel Schwieg*), de Heinrich Böll, escrita en 1942 pero publicada en 1992, y el ensayo *Geschichte und Eigensinn* (1981), del cineasta Alexander Kluge. De este último en 2014 Antonio Machado Libros publica, en traducción de José Luis Arántegui, el librito *Ataque aéreo a Halberstadt, el 8 de abril de 1945* (*Der Luftangriff auf Halberstadt am 8 April 1945*, 1977), donde narra con minuciosidad y en su peculiar estilo, donde mezcla múltiples informaciones de uno y otro bando, como, cuando tenía 13 años, vio destruir su ciudad, sin ningún interés estratégico ni militar, por las fuerzas aliadas para acabar con la moral alemana.

Especifica Sebald, con datos y cifras concretas, los ataques aéreos de que fueron objeto más de ciento treinta ciudades y pueblos alemanes por las fuerzas aliadas, la mayoría resultaron arrasados y murieron seiscientos mil civiles, casi el doble de las bajas aliadas, y siete millones y medio quedaron sin casa; y además explica las razones de estos ataques y la imposibilidad del pueblo alemán de escribir e, incluso, hablar de ellos. De no haberlos realizado los aliados, los alemanes hubieran acabado primero con los ingleses y después con el resto del mundo, como si fuesen la invasión de unos nuevos bárbaros peores que todos los anteriores juntos. Al igual que los habitantes de Hiroshima y Nagasaki, nunca han podido hablar de su tragedia y tampoco es un tema frecuente en la cultura japonesa.

La noche anterior, el 10 de marzo de 2004, vi la curiosa producción norteamericana *Principio o fin* (*The Beginning or the End*, 1946), sobre la fabricación de las primeras bombas atómicas. La mañana del día siguiente puse la televisión para copiar los títulos de crédito y escribir la correspondiente ficha, como hago desde hace años para almacenar información para mis libros sobre cine. Mientras los buscaba, cambié de canales y quedé parado en CNN+ donde la presentadora Mónica Sanz hablaba de los brutales atentados ocurridos horas antes en Madrid.

Sobrecogido, a pesar de desconocer su magnitud, escribí la ficha de *Principio o fin*. Comienza como un noticiario sobre la inauguración de un monolito, que deberá ser abierto en 2446, que encierra una copia de la película, un proyector y las instrucciones para manejarlo, sobre los primeros hombres que trabajaron con energía nuclear, “Un mensaje para las generaciones del mañana”, y finaliza con la lectura, ante el monumento a Abraham Lincoln en Washington, de una carta de un desaparecido físico sobre los peligros y las ventajas de la energía nuclear. El prolífico artesano Norman Taurog dirige una película dividida en dos partes, una de casi noventa minutos donde no logra, o no quiere, explicar los problemas planteados por la construcción de la bomba atómica, y otra de unos treinta, mucho mejor, donde narra el lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima. Tiene interés por ser el

antecedente directo de las muchas producciones de ciencia-ficción que se ruedan en los años cincuenta en Estados Unidos en torno al peligro nuclear y la amenaza comunista.

Aterrorizado, pensaba que hacía tiempo que había comenzado la III Guerra Mundial y los atentados de Madrid eran una de sus más cruentas batallas, acabé la lectura de *Sobre la historia natural de la destrucción*, que me pareció muy superior a *Los emigrados*, y decidí leer cuantas obras de W. G. Sebald estuviesen traducidas. Llegaban más noticias y leía la edición extraordinaria de la tarde del diario *El País* con un titular a cinco columnas ‘Matanza de ETA en Madrid’ y luego ‘Más de 170 muertos en cuatro atentados en trenes de cercanías’.

Tal como estaban las cosas, esa noche vi *Creadores de sombra* (*Fat Man and Little Boy*, 1989), que 43 años después cuenta la misma historia de *Principio o fin*, pero con sutiles diferencias. Cuando al día siguiente, la mañana del 12 de marzo, puse la televisión para copiar los títulos de crédito y hacer la ficha, vi las noticias de Euronews de las 10 de la mañana y, ante mi asombro, en su habitual resumen de la prensa europea, las portadas de los principales diarios atribuían la matanza de Madrid al terrorismo islamista en venganza por la intervención de fuerzas españolas en la guerra de Irak y ni siquiera nombraban a ETA. En *El País* un titular a cinco columnas decía ‘Infierno terrorista en Madrid: 192 muertos y 1.400 heridos’ y, como subtítulo, ‘Interior investiga la pista de Al Qaeda sin descartar a ETA’.

En páginas anteriores comenzaban a dar marcha atrás sobre el titular de la tarde anterior ‘Matanza de ETA en Madrid’. Lo achacaba a que José María Aznar, presidente del Gobierno, había llamado al director de *El País* para decir que la banda terrorista era la autora de la matanza. A pesar de ser la primera vez que le llamaba personalmente en ocho años, el director le creyó porque era la primera vez que ocurría una catástrofe de esa magnitud. No tuvo la precaución, como el director de *El Periódico de Cataluña*, de escribir que le había llamado el presidente del Gobierno en persona para decirle que ETA era la culpable de la matanza. Al tiempo que apoyaba las manifestaciones convocadas por José María Aznar para esa tarde.

Asombrado por las cosas que comenzaban a pasar, escribí la ficha de *Creadores de sombra*. En septiembre de 1942, nueve meses después del ataque japonés a Pearl Harbor, mientras alemanes y japoneses ganan la II Guerra Mundial, el general de ingenieros norteamericano Leslie E. Groves recibe plenos poderes para fabricar la bomba atómica. Entre medias de altas medidas de seguridad, y a pesar de sospechar que es comunista, pone al frente del proyecto al científico J. Robert Oppenheimer, que lleva a cabo la creación y construcción de la bomba en el tiempo fijado. A pesar de la previa rendición de Alemania, el 6 de agosto de 1945, lanzan una sobre Hiroshima y tres días después otra sobre Nagasaki y el 2 de septiembre Japón se rinde. Atraído por los grandes temas, el guionista y director Roland Joffé aparece, como suele ocurrirle, superado por la historia y no llega hasta el fondo de la cuestión, vuelve a quedarse en los prolegómenos. *Principio o fin* cuenta peor la misma historia, pero llega hasta el final, el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima.

Nunca olvidaré el impresionante silencio que se apoderó de mi barrio la tarde del 12 de marzo de 2004. Los viernes por la tarde suelen ser más tranquilos que el resto de la semana, pero ese día habían cerrado los comercios, apenas circulaban automóviles ni motos, sólo de vez en cuando pasaba algún autobús municipal, y no se oía nada. Comenzaba a llover, me asomé a la ventana y ante mi asombro vi a gran cantidad de personas, bajo sus correspondientes paraguas que, en absoluto silencio, se dirigía hacia la plaza de Colón, centro de reunión de la manifestación convocada por el Gobierno del Partido Popular y apoyada por el resto de los partidos.

No fui. Desde hace años no voy a manifestaciones, me produce claustrofobia ver tanta gente a mi alrededor y no me considero con las condiciones físicas necesarias para escapar en caso de haber algún peligro. Y me pareció que era uno más, seguramente el mayor, de los espectáculos montados por José María Aznar para consagrarse ante los ojos de los ciudadanos y de la historia. Además de un acto de propaganda de cara a las elecciones que iban a celebrarse dos días después, el domingo 14 de marzo de 2004. Sin embargo le salió, como

vulgarmente se dice, el tiro por la culata, la gente no es tan tonta como suponía.

Cualquier persona medianamente enterada sabía, gracias a las emisoras de radio o televisión extranjeras y a la prensa nacional menos retrógrada, que la pista de ETA había sido descartada desde casi el primer momento y solo se trabajaba sobre la de Al Qaeda. Lo que dio lugar a que la gigantesca manifestación —el sábado 13 de marzo de 2004, *El País*, de nuevo a cinco columnas, primero decía ‘Millones de ciudadanos contra el terrorismo’ y debajo, en grandes letras, ‘España se echa a la calle’— no saliera como Aznar había previsto. Durante la manifestación se oyeron múltiples gritos de “¿Quién ha sido?” y la policía tuvo que retirar a la presidencia ante el violento cariz que tomaba.

El sábado 13 de marzo de 2004 unos amigos vinieron a comer a casa. La conversación estuvo centrada en el brutal atentado del día 11 y lo mal que llevaba el Gobierno su gestión al insistir en que había sido realizado por ETA, por creer que le beneficiaba de cara a las elecciones del domingo, e intentar ocultar la realidad de Al Qaeda, que temía favoreciese al Partido Socialista. Hablé de mi teoría de III Guerra Mundial y de la casualidad de haber leído esos días *Sobre la historia natural de la destrucción*, en torno al miedo de los alemanes a escribir sobre el desastre que para ellos había sido la II Guerra Mundial, que era posible que se reprodujese a raíz de los terribles atentados de Madrid.

Comenzaron a sonar los móviles con mensajes sobre una concentración ante la sede del Partido Popular, en la calle de Génova, para que el Gobierno dijera la verdad sobre los autores de los atentados, y la consigna de pasarlo. Por cierto, 10 años después, a finales de 2014, el nuevo y populista partido Podemos defendió que era el creador y el origen de esos mensajes. Como la sede del Partido Popular está cerca de casa, allí fueron mis amigos. Poco después de irse vi cómo un helicóptero se situaba sobre la zona y me llamaron para decirme que había mucha gente. Lo que dio lugar a que Mariano Rajoy, el candidato a la presidencia por el PP, saliese en televisión, hecho una furia, diciendo que el día de reflexión antes de las elecciones no

podían hacerse manifestaciones frente a las sedes de los partidos políticos, convencido de que el Gobierno habían llevado mal la gestión y perdían las elecciones. Algo que nunca han admitido, ni admitirán, y meses después de perderlas todavía debatían y criticaban.

Puesto en esta catastrófica situación, esa noche volví a ver la famosa *Hiroshima, mi amor* (*Hiroshima, mon amour*, 1959), de Alain Resnais, y al día siguiente reescribí la ficha. A partir de un literario, excelente y personal guión de la novelista, y más tarde también realizadora, Marguerite Duras, el documentalista Resnais dirige su primera y original película, perfecta mezcla entre ficción y documental, cine y literatura, algo buscado a lo largo de sus cortos. Con una estructura apoyada en una sucesión de *flashbacks*, saca gran partido de la oposición entre Hiroshima y Nevers, el amante japonés y el alemán de la protagonista. Una brillante idea, realizada con reducido presupuesto y rodada con dos equipos diferentes en Hiroshima y Nevers, que no ha envejecido gracias a un hábil montaje.

El domingo 14 de marzo de 2004, *El País*, que seguía echando tierra sobre el titular de la edición extraordinaria de la tarde del día 11, ‘Matanza de ETA en Madrid’, que en otro país hubiese significado la dimisión de su director, aparecía con otro titular a cinco columnas ‘Todos los indicios señalan a Al Qaeda’ y, en letras más pequeñas, ‘La policía detiene en Madrid a tres marroquíes y dos indios en relación con el 11-M’ y ‘Un autodenominado portavoz del grupo terrorista reivindica en un vídeo el atentado’. Por la noche se sabía que el Partido Socialista había logrado 164 diputados frente a los 148 del Partido Popular, que José Luis Rodríguez Zapatero era el nuevo presidente del Gobierno en lugar del candidato Mariano Rajoy.

[La segunda parte de este artículo se publicará en el próximo número 241.]



AUGUSTO M. TORRES ES CINEASTA Y ESCRITOR.